

LA LENGUA LITERARIA EN TIEMPOS DE JOVELLANOS

Por ROGELIO REYES CANO

Para hablar del estado de la lengua española en el siglo XVIII hemos de partir de una evidencia que nunca conviene olvidar: que una lengua es un organismo vivo en permanente evolución. Y en pocos organismos se refleja con tanta exactitud la vieja idea de Heráclito del mundo como cambio, hasta el punto de que incluso aquellas lenguas que metafóricamente llamamos “muertas” no siempre lo son, en rigor, por su desaparición total sino porque han evolucionado convirtiéndose en otras lenguas diferentes, cristalización última de sus rasgos iniciales, sometidos en el correr de los tiempos a un proceso transformador que alumbra siglo tras siglo, año tras año y día tras día, nuevas opciones comunicativas. “O rinnovarsi o perire”, dice el proverbio italiano. Lo que no cambia, perece, y eso es tal vez lo que ha podido suceder con cientos de lenguas que han desaparecido el mundo porque la eliminación física de sus hablantes o una excesiva endogamia cercenaron sus posibilidades de transformación. El latín, esa lengua de la que deriva nuestro idioma, no está en verdad “muerta” sino realizada en el curso de la historia en las diferentes opciones comunicativas de la Romania. Por eso pudo decir Dámaso Alonso que la lengua de los millones de españoles e hispanoamericanos de hoy no es otra cosa que “el latín del siglo XX”, la expresión actual de lo que en la España romana hablaban nuestros antepasados.

Nuestra lengua está viva. Es como una esponja que lo absorbe todo, que lo refleja todo. Y por ello ha de estar siempre

sometida al cambio. Lo estamos comprobando día tras día nosotros mismos en nuestro ámbito de convivencia. ¡Cuánto nos cuesta a veces reconocernos en el léxico o en los usos fraseológicos de los jóvenes, o nos resultan chocantes tantas voces nuevas como hoy nos entran por el camino de la informática, la telefonía móvil, el deporte, la política, el periodismo o simplemente el habla de la calle! En un primer momento recibiremos esas novedades con un punto de sorpresa y hasta de escepticismo. Y puede, en efecto, que muchas de ellas sean tan efímeras que no merezcan más atención. Otras, sin embargo, acabarán prosperando, incrustándose en el sistema de la lengua, y terminaremos por aceptarlas. Nuestra lengua está viva. Eso es lo que ha sucedido siempre en el curso del tiempo y lo que sin duda continuará sucediendo mientras el mundo exista. No hay quien le ponga puertas al campo de la lengua ni sea capaz de someterla a leyes rígidas desde ningún poder externo a la lengua misma: ni desde la política ni siquiera desde el poder cultural. A lo más que puede llegarse, como hacen las academias, es a sugerir normas de buen entendimiento, a aconsejar los usos más razonables para propiciar la inteligibilidad entre los hablantes. Pero el español del futuro será, sin duda, el que sus hablantes quieran que sea.

En los primeros siglos medievales el castellano terminó imponiéndose en la Península Ibérica no tanto por razones políticas o de prestigio cultural y literario - que también- sino sobre todo por su funcionalidad y su utilidad como “lengua franca”, es decir, como instrumento común de comunicación entre los habitantes de los diferentes reinos. Y es lo que seguirá ocurriendo hoy a pesar de todos los esfuerzos en contrario de los nacionalismos. Todo idioma que se cuece en sí mismo acaba por anquilosarse y retroceder, o será burlado por sus propios hablantes como necesidad imperiosa para comunicarse con sus vecinos. El español actual funciona como verdadera “lengua franca” para más de cuatrocientos millones de hablantes, muchos de los cuales hablan a su vez otras lenguas de menor alcance, y hasta a sus más recalcitrantes adversarios les será imposible ignorar esa realidad. Leía yo hace pocos días en la prensa que muchos jóvenes de una región española con lengua propia que habían sido adoctrinados desde la infancia en la ignorancia – cuando no en el desprecio- del español, al llegar a cierta edad – los catorce

o quince años- veían en sus casas no los programas televisivos “políticamente correctos” de la cadena autonómica sino la variedad de ofertas en castellano, para ellos más atractivas, que le suministraban otras cadenas nacionales. Es decir, el “ladrón” – en este caso la lengua- había sido expulsado por la puerta pero se había colado de nuevo por la ventana. Y es que, como todo en la vida, un idioma “o crece o muere”, y eso es lo que ha pasado también, claro está, con el español del siglo XVIII del que quiero hablarles a continuación.

Y para ello quiero partir de lo que escribió el gaditano José Cadalso en una de sus *Cartas Marruecas*:

“el lenguaje – dice- se muda al mismo paso que las costumbres, y es que, como las voces [es decir, las palabras] son invenciones para representar las ideas, es preciso que se inventen palabras para explicar la impresión que hacen las costumbres nuevamente [es decir, recientemente] introducidas”.

(Cadalso, *Cartas Marruecas*, XXXV)

Cuando Cadalso habla aquí de las costumbres que impulsan la evolución de una lengua se está refiriendo en sentido amplio a todos los que hoy llamaríamos “cambios sociales”, sea en el orden del pensamiento, las creencias, la política, la sociedad, las ciencias o el sistema de valores de una comunidad. Sabe muy bien que el español de su tiempo poco tiene ya que ver con el de los pasados siglos medievales y ni siquiera con el de la época barroca, tan denostada por los mejores autores de la Ilustración.

En efecto, en el siglo XVII el modelo lingüístico – hasta entonces acorde con el ideal de equilibrio y armonía del Renacimiento- sufrirá una importante transformación. El Barroco aporta una obsesiva atención por el estilo que conseguirá excelentes logros en el campo de la imagería poética – como es el caso de Góngora.- y en el discurso prosístico – como en *El Buscón* de Quevedo. Pero la lengua literaria se hará cada vez más complicada, difícil y hasta artificiosa. España consigue el nivel más alto de toda su historia literaria, pero a finales del siglo los modelos europeos iban ya por otro camino.

Muy diferente era también el estado de la nación española. El país que había ostentado la hegemonía política y militar a lo largo de casi siglo y medio se encontraba ya en franca decadencia, pero seguía siendo aún una potencia importante. Había perdido buena parte de sus dominios en Europa pero conservaba todas las colonias americanas. Carlos II el Hechizado, el último de las Austrias, de naturaleza débil y enfermiza, no fue capaz de dirigir con mano firme el timón del Estado y moriría en el año 1700 sin heredero, La Guerra de Sucesión entre 1701 y 1714 nos traería, como es bien sabido, a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia, que reinaría con el nombre de Felipe V. Con él entraba en España la Casa de Borbón y todo el peso político y cultural del país vecino.

¿Pero qué ocurría mientras tanto con la lengua literaria? Que persistían los peores vicios expresivos del Barroco de los epígonos de Quevedo, Calderón o Góngora, carentes del talento de sus maestros. Incluso en el teatro, género que tiene mucho de rito social, el pueblo de Madrid reclamaba encendido los más truculentos dramones de un tal Comella, un pésimo discípulo de Calderón, mientras que los primeros ilustrados se afanaban inútilmente por racionalizar las comedias introduciendo en ellas la prosa y reflejando los conflictos de la cotidianidad. Y hasta llegaron, ya asentados en los puestos de poder durante el reinado de Carlos III, a tomar una iniciativa que hoy nos parecería inconcebible: prohibir por decreto en la *Gaceta de Madrid* – el *Boletín Oficial del Estado* de entonces-, la representación de autos sacramentales en el Corpus y otras fiestas religiosas, alegando no sólo razones ideológicas sino también estéticas, ya que estimaban que en los autos se concentraban los mayores excesos de la dramaturgia barroca. Todo sea “por el bien del pueblo”, aunque ese pueblo tenga otros gustos diferentes. Puro despotismo ilustrado aplicado en aquella España borbónica a un ámbito tan libre y tan personal como era la estética literaria y a un género – los autos sacramentales- que a la gente sencilla le gustaba ver en las plazas públicas o en los atrios de las iglesias.

Pero en el campo de la lengua esas élites del XVIII llevaban razón. Su discrepancia con el amaneramiento postbarroco y su oposición frontal a lo que ellos consideraban degradante

aportaban una nota de lucidez en medio de tanta confusión. La extravagancia había invadido el lenguaje y hasta los mismos títulos de los libros, hinchados y grotescos en un grado que hoy nos parece insólito. Rafael Lapesa nos ofrece dos auténticas perlas en su *Historia del español*. Veámoslos. El primero, de temática religiosa, reza así: *Trompeta evangélica, alfange apostólico y martillo de pecadores*. El otro, de divertimento literario, se titulaba nada menos que todo esto: *Caxón de sastre literario, o percha de maulero erudito, con muchos retales buenos, mejores y medianos, útiles, graciosos y honestos, para evitar las funestas consecuencias del ocio*.

No hace falta decir más. Era lógico que los mejores espíritus del momento salieran al paso de tanta aberración. Uno de ellos, el fraile benedictino Fray Benito Feijoo, que desde su convento asturiano observaba con ojos inquisitivos y apertura de ideas lo que estaba sucediendo en su patria, diagnosticó con agudeza el estado del castellano literario de su tiempo. Conviene fijarse atentamente en sus palabras porque suponen una importante propuesta de modernidad. Pertenecen a su *Teatro Crítico Universal* (1726-1739):

“Consiste la propiedad del estilo – dice- en usar de las locuciones más naturales y más inmediatamente representativas de los objetos. En esta parte, si se hace el cotejo entre escritores modernos, no puedo negar que por lo común hacen ventaja los franceses a los españoles. En aquéllos se observa más naturalidad; en éstos más afectación. Son sus escritos como jardines donde las flores espontáneamente nacen; no como lienzos donde estudiosamente se pintan. En los españoles picados de cultura dio en reinar de un tiempo a esta parte una afectación pueril de tropos retóricos, por la mayor parte vulgares, una multitud de epítetos sinónimos, una colocación violenta de voces pomposas, que hacen el estilo, no gloriosamente majestuoso, sí asquerosamente entumecido. A que añaden muchos una temeraria introducción de voces ya latinas, ya francesas, que debieran ser decomisadas como contrabando el idioma. El empréstito de voces que se hacen

unos idiomas a otros es sin duda útil a todos y ninguno hay que no se haya interesado en este comercio. La lengua latina quedaría en un árido esqueleto si le hiciesen restituir todo lo que debe a la griega; la hebrea, con ser madre de todas, de todas heredó después algunas voces, como afirma San Jerónimo. Pero cuando el idioma nativo tiene voces propias, ¿para qué se han de sustituir por ellas las del ajeno? Ridículo pensamiento el de aquellos que, como notaba Cicerón en un amigo suyo, con voces inusitadas juzgan lograr opinión de discretos. Ponen por medio el no ser entendidos para ser reputados por entendidos...

A infinitos españoles oigo usar la voz *remarcable* diciendo: “Es un suceso remarcable, una cosa remarcable”. Esta voz francesa no significa ni más ni menos que la castellana *notable*; así como la voz *remarque*, de donde viene *remarcable*, no significa ni más ni menos que la voz castellana *nota*, de donde viene *notable*. Teniendo, pues, la voz castellana la misma significación que la francesa, y siendo, por otra parte, más breve y de pronunciación menos áspera, ¿no es extravagancia usar de la extranjera, dejando la propia?”

Como ustedes habrán comprobado, más allá de algunas curiosas afirmaciones que denotan en exceso su filiación clerical (como la idea de la lengua hebrea como origen de todas según la autoridad de San Jerónimo) e incluso de algún que otro desliz retórico de tufo barroco (por ejemplo, ese paralelismo antitético de la frase “no gloriosamente majestuoso, sí asquerosamente entumecido”), lo que Feijoo está reflejando en este texto es su desprecio a las exageraciones del español literario de finales del XVII y comienzos del XVIII – sobre todo en su orientación culterana- y un ideal de naturalidad expresiva cuyo modelo estaba, como más adelante veremos, en la lengua francesa de su tiempo. Cuando habla de “una multitud de epítetos sinónimos” y de “una colocación violenta de voces sinónimas” se está refiriendo a la práctica de la adjetivación puramente decorativa y al abuso del hipérbaton de los gongorinos. Y cuando denuncia la “multitud de tropos retóricos”, al abuso de la imaginiería

culterana. Feijoo se desliga de toda ampulosidad y reclama, dicho sea en términos coloquiales, una auténtica economía lingüística: que cada palabra designe con propiedad y concisión el objeto que representa. Y sin ser un purista ni negarse a la introducción de préstamos extranjeros, los reservará sólo, con muy buen sentido, a aquellos casos estrictamente indispensables.

En esa misma línea de sensata oposición a los modelos lingüísticos del Barroco que inaugura Feijoo en los albores del XVIII se situarán, ya en la segunda mitad del siglo, los ingenios más notables de la Ilustración española. Un ejemplo muy claro es el de Cadalso, que en el curso de sus *Cartas Marruecas* expresará una y otra vez su preocupación por el estado de la lengua española. Recordemos que Nuño, el español amigo del moro Gazel, está escribiendo un diccionario en el que las palabras no falseen la realidad y sirvan para nombrar con propiedad las nociones y los objetos que realmente designan, no el sentido eufemístico que la apariencia social les otorga. Para ello es obligado escribir con propiedad, precisión y claridad, acercándose a la naturalidad del siglo XVI y soslayando el artificio del XVII, un siglo literariamente maldito:

“¿Quién creyera que la lengua tenida universalmente por la más hermosa de todas las vivas dos siglos ha, sea hoy una de las menos apreciables? Tal es la prisa que se han dado a echarla a perder los españoles. El abuso de su flexibilidad, digámoslo así, la poca economía en figuras y frases de muchos autores del siglo pasado, y la esclavitud de los traductores del presente a sus originales, han despojado este idioma de sus naturales hermosuras, cuales eran laconismo, abundancia y energía. Los franceses han hermoñado el suyo al paso que los españoles lo han desfigurado. Un párrafo de Voltaire, Montesquieu y otros coetáneos tiene tal abundancia de las tres hermosuras referidas, que no parecía caber en el idioma francés; y siendo anteriores con un siglo y algo más los autores que han escrito en buen castellano, los españoles del día parecen haber hecho asunto formal de humillar el lenguaje de sus padres. Los traductores e imitadores de los extranjeros son los que más han lucido en esta empresa. Como no saben su propia lengua, porque no se sirven tomar el trabajo

de estudiarla, cuando se hallan con alguna hermosura en algún original francés, italiano o inglés, amontonan galicismos, italianismos y anglicismos [...]

Creyendo la transmigración de las artes tan firmemente como cree la de las almas cualquiera buen pitagorista, he creído ver en el castellano y latín de Luis Vives, Alonso Matamoros, Pedro Ciruelo, Francisco Sánchez llamado el Brocense, Hurtado de Mendoza, Ercilla, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Garcilaso, Argensola, Herrera, Álava, Cervantes y otros, las semillas que tan felizmente han cultivado los franceses de la mitad última del siglo pasado, de que tanto fruto han sacado los del actual.

(Cadalso, *Cartas Marruecas*, XLIX, 1789, póstumas)

Lo que dice Cadalso en esta carta es de sumo interés. Por una parte, coincide con Feijoo en su apreciación del buen francés de su tiempo y en sus críticas a los que imitan en demasía el lenguaje barroco. Cuando habla del “abuso de flexibilidad” se está refiriendo sin duda al hipébaton, y cuando denuncia la “poca economía de figuras y frases de muchos autores del siglo anterior” está aludiendo al exceso de imaginería retórica: figuras y tropos en demasía. Pero por otra introduce una reflexión nueva, a saber: que esos valores del francés (“laconismo, abundancia y energía”) ya estaban presentes en el español del siglo XVI. Había, pues, que saltar por encima del Barroco y buscar la excelencia del español en los modelos renacentistas, en el canon del “escribo como hablo” de Juan de Valdés. Conviene recordar que fueron los ilustrados quienes formularon la noción de “Siglo de Oro” para designar un tiempo de esplendor de la literatura española. Pero lo que entendían ellos por tal no era el siglo XVII (con las grandes figuras de Lope, Calderón o Quevedo, que ellos no estimaban en mucho) sino el XVI, con Garcilaso y Fray Luis como modelos excelsos. De ahí que las “autoridades” del buen castellano esgrimidas por Cadalso pertenezcan casi todas- como ustedes acaban de ver- a ese siglo, quizá con la excepción de Cervantes, cuya llaneza en el modo de escribir lo libraba del infierno en que penaban figuras como Góngora, Quevedo, Lope, Calderón, Mateo Alemán..., que el autor gaditano ni siquiera se digna mencionar. Para emular

al buen francés de su tiempo había que mirar, por lo tanto, hacia atrás, hacia el auténtico Siglo de Oro, al buen español del siglo XVI, preciso, lacónico, límpido y enérgico.

Cadalso, pues, como antes había hecho Feijoo, mantiene una posición sumamente equilibrada respecto al galicismo en un momento en que la influencia francesa comienza a inundar los usos y costumbres de los españoles, sobre todo en las clases más elevadas y en los círculos más snobistas. Se bailaba el *minuet*, se usaban las empolvadas pelucas venidas de allende los Pirineos; se pusieron de moda los *salones*, la gastronomía francesa... y hasta una tipología específica: el *abate* pícaro y verdedón siempre al acecho tras las cortinas de las estancias nobiliarias; el ridículo *petimetre*, antiguo *lechugino* o *pisaverde* de nuestras comedias del Siglo de Oro, también *a la page*, al último grito de la moda en punto a vestimenta y a la práctica del cortejo amoroso o *chichisbeo*; la aristocrática *madama*, señora de la casa, impulsora del más puro ritual francés sobre la clásica gravedad española de los Austrias. Y naturalmente, el prurito de hablar en francés o, lo que era aún peor, salpicar de términos franceses el sistema sintáctico del castellano. Algo parecido había ocurrido a comienzos del XVI con el italiano entre los españoles cultos. Y aunque en aquella ocasión España dominaba en la política, era sin embargo Italia, culturalmente superior, la que se imponía en los ambientes literarios, y resultaba de buen tono manejar su lengua. Hoy, como bien sabemos, vivimos bajo el imperio del anglicismo, que inunda muchas parcelas de la vida social.

En la España del XVIII asistiremos, pues, al fenómeno conocido con el nombre de *galicismo*, opuesto en su formulación a otro fenómeno reactivo paralelo :el *casticismo*. Galicismo y casticismo constituyen los dos extremos del uso literario del español que los mejores escritores del XVIII (Feijoo, Cadalso, Jovellanos, Moratín...) se esfuerzan con toda razón por evitar. El galicismo, como veremos luego, era sobre todo un producto del esnobismo juvenil y cortesano, el deseo de alardear de la lengua de moda. Se veía entonces como un signo de progreso y de modernidad, de sintonía con la superioridad política y cultural de Francia. También como un cauce legítimo de penetración de la terminología de la llamada *ciencia nueva*, es decir, del pensamiento científico de racionalistas franceses y empiristas ingleses. Y eran por lo gene-

ral los escritores de menos talento quienes con más entusiasmo lo practicaban. El casticismo, en cambio – que en su práctica extrema dio en *purismo*, o sea, en la pura imitación amanerada y anacrónica del lenguaje literario del siglo XVII- tuvo bastante de reacción a esa moda francesa, y estuvo en buena parte propiciado por una nueva institución que paradójicamente nos había llegado también del país vecino: la Real Academia Española, cuya fundación en 1713 supone una atención oficial al idioma español imitando justamente lo que la Academia Francesa venía haciendo ya con el francés. Recordemos su lema: “Limpia, fija y da esplendor”, es decir, dictamina cuáles han de ser los usos adecuados (“Fija”), intenta evitar lo que sobra, lo superfluo (“Limpia”) y fomenta los usos más nobles (“Da esplendor”). El símbolo gráfico de la institución -un crisol en el fuego- lo explican así sus fundadores: “En el metal se representan las voces y en el fuego el trabajo de la Academia”.

Las Academias fueron también en la España del siglo XVIII un elemento dinamizador de la cultura en general y tuvieron, claro está, mucho que ver con el impulso de la nueva dinastía borbónica. Conviene, sin embargo, matizar el lugar común de que fue esa dinastía la que en sentido estricto las creó. En verdad el germen de las academias dieciochescas lo encontramos ya en las reuniones privadas de doctos (los entonces despectivamente conocidos como “novatores”) que venían celebrándose en muchos lugares de España desde fines del siglo XVII. Lo que hicieron los Borbones fue otorgar entidad a esas reuniones dándoles oficialidad y situándolas bajo su Real Protección. Eso fue, por ejemplo, lo que hizo Fernando VI en 1752 con nuestra Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Y esas tertulias de carácter informal, en las que se debatían cuestiones culturales y científicas, se convirtieron en centros de investigación. El espíritu centralizador y codificador de los Borbones hizo también que las Academias adquiriesen una función normativa que las tertulias no tenían. Ello explica la pronta aparición, en 1741, de una *Ortografía Española* que pusiera fin al caos ortográfico anterior, una *Gramática de la Lengua Castellana* en 1771 que codificase los usos morfosintácticos, y las ediciones de los grandes clásicos nacionales como los *Milagros* de Berceo, el *Buen Amor* o el *Qui-*

jote. Y en contraste con el adocenamiento de las universidades, todavía muy ceñidas al método escolástica y controladas por el clero, las Academias se convirtieron en punta de lanza de la modernidad. Conviene no olvidar esto. Por ellas entraron en España la ciencia nueva, los métodos de investigación empírica, las propuestas pedagógicas más innovadoras y el sustrato ideológico de la Ilustración europea.

En el campo de la lengua literaria, que es el que ahora nos ocupa, la Real Academia Española aspiraba a fijar el idioma, a limpiarlo y a promocionar sus más correctos usos. Pero ya hemos dicho que intentar regular una lengua es como poner puertas al campo, sobre todo en el dominio de la oralidad, siempre más difícil de controlar que el la escritura. Y ése era justamente el mayor enemigo de la corrección académica. Por él es por donde entraba, como luego veremos, la desmesura del galicismo.

Pero tampoco la creación literaria era del todo inmune a la imitación indiscriminada del modelo francés. Había sus razones. Cansados de la artificiosidad de la literatura barroca, los mejores escritores españoles del XVIII tenían varios motivos para sentirse atraídos por la lengua francesa. En primer lugar, su prestigio cultural y literario. El francés era la lengua de los más brillantes intelectuales y escritores de la época (Voltaire, Rousseau, los enciclopedistas...). Por otra parte, se trataba de una lengua muy ejercitada en la reflexión filosófica y por lo tanto precisa, límpida, sencilla en la forma y sin embargo muy rica en el pensamiento. Justo lo contrario de la exhuberancia formal del discurso poético o prosístico del Barroco español, más decorativo que rico de conceptos, porque incluso el conceptismo quevedesco o gracianesco tenía más de juego mental que de búsqueda de la verdad. El francés ofrecía, dicho sea en términos coloquiales, una palabra para cada idea y una idea para cada palabra, y esa sobriedad de formas era para nuestros mejores ingenios ilustrados un soplo de aire fresco y una falsilla por donde encauzar la actividad pensante.

No puede extrañarnos, pues, que Feijoo, Cadalso, Moratín o Jovellanos lo tomaran como modelo para simplificar y racionalizar la prosa española de su tiempo. Pero lo que en ellos fue una imitación muy controlada que se reducía a trasladar analógicamente al castellano aquella sobriedad sintáctica y aquella pre-

cisión semántica sin alterar ni el léxico ni los modelos fraseológicos genuinamente nuestros, en muchos traductores se convirtió en una invasión indiscriminada de galicismos de todo orden que desnaturalizaban la lengua. Si a esa falta de rigor de los traductores unimos la postura *snob* de aristócratas, cortesanos lisonjeros, jóvenes y petimetres *a la page*, modistas, cocineros, peluqueros y sirvientes con pretensiones... que hablaban o un pésimo francés o un mal español afrancesado, entenderemos muy bien por qué los más grandes escritores de entonces respondieron, no ya con críticas sino hasta con divertidas parodias, a tan disparatada situación. Una vez más, traigo a colación un divertido pasaje de las *Cartas Marruecas* de Cadalso en la que ustedes podrán apreciar lo que en ella hay de sensata reacción a tanto afrancesamiento. Nuño Núñez, para ilustrar a su amigo Gazel sobre tan nefasta moda, le muestra una carta escrita por una supuesta hermana suya a una amiga. Dice así :

“Hoy no ha sido día en mi apartamento hasta medio día y medio. Tomé dos tazas de té. Púseme un deshábille y bonete de noche. Hice un tour en mi jardín, y leí cerca de ocho versos del segundo acto de la *Zaira*. Vino Mr. Lavanda; empecé mi toileta. No estuvo el abate. Mandé pagar mi modista. Pasé a la sala de compañía. Me sequé toda sola. Entró un poco de mundo; jugué una partida de mediator; tiré las cartas; jugué al piquete. El maitre d’hotel avisó. Mi nuevo jefe de cocina es divino; él viene de arribar de París. La crapaudina, mi plato favorito, estaba delicioso. Tomé café y licor. Otra partida de quince; perdí mi todo. Fui al espectáculo; la pieza que han dado es execrable; la pequeña pieza que han anunciado para lunes y viernes es muy galante, pero los actores son pitoyables; los vestidos, horribles; las decoraciones, tristes. La Mayorita cantó una cavatina pasablemente bien. El actor que hace los criados es un poquito extremoso; sin eso sería pasable. El que hace los amorosos no jugaría mal, pero su figura no es preveniente. Es menester tomar paciencia, porque es preciso matar el tiempo. Salí al tercer acto, y me volví de allí a casa. Tomé de la limonada. Entré en mi gabinete para escribirte ésta, porque soy tu veritable ami-

ga. Mi hermano no abandona su humor de misántropo; él siente todavía furiosamente el siglo pasado; yo no le pondré jamás en estado de brillar ; ahora quiere irse a su provincia. Mi primo ha dejado a la joven persona que él entretenía. Mi tío ha dado en la devoción; ha sido en vano que yo he pretendido hacerle entender la razón. Adiós, mi querida amiga, hasta otra posta; ceso, porque me traen un dominó nuevo a estrenar”

(Cadalso, *Cartas Marruecas*, XXXV)

Obviamente esto que acabamos de leer es una caricatura y por lo tanto sus rasgos están extremados. Toda la carta es una disparatada sucesión de galicismos lexicales y fraseológicos, de auténticos calcos lingüísticos que parodian la moda superficial de lo francés en cierto sector de la sociedad española. Hay giros auténticamente franceses que por extremos no llegaron a prosperar en nuestra lengua. Así: “hoy ha sido día”, “no estuvo el abate”, “me sequé toda sola”, “tomo de la limonada”, etc. Pero hay otros que, a pesar de la reserva de Cadalso, los usamos hoy como enteramente normales: “deshabillé”, “modista”, “maitre”, galante, gabinete, “hacer un tour”, “jefe de cocina”...

Ello prueba que no siempre los neologismos son tan peligrosos como parece, y que cada lengua tiene sus propios mecanismos de control para aceptar lo necesario (en este caso las exigencias del mundo de la moda, las relaciones galantes, la vida social, etc. , dominios en los que Francia marcaba la pauta) y para desechar lo que violenta en exceso su sistema sintáctico, que siempre es lo más difícil de alterar. En suma, los galicismos que entraron en el español del siglo XVIII afectaron sobre todo al léxico, y bastante menos a la sintaxis.

Pero el testimonio de Cadalso que acabamos de ver ilustra muy bien el buen sentido de nuestros mejores ingenios de la Ilustración, equidistante por igual de los dos riesgos que por entonces amenazaban la lengua literaria española: el purismo y el galicismo. Se resisten con fuerza al casticismo que los amarra al pasado. Y se ponen en guardia frente al neologismo, que puede desnaturalizarla. Imitan al francés no en su literalidad sino en su ideal expresivo de precisión, propiedad y sencillez, para lo cual

vuelven los ojos a nuestro siglo XVI. Y como son grandes escritores, su español literario gana en espontaneidad y elegancia. Es un soplo de aire fresco y de naturalidad hablada en aquel indigesto panorama postbarroco.

Feijoo con su talento epistolar (*Cartas eruditas y curiosas*) será un excelente divulgador del pensamiento nuevo, un auténtico periodista *avant-la-lettre*. Cada carta de Cadalso es un pequeño ensayo crítico que se lee con deleite y sin esfuerzo; cada comedia de Moratín un distendido mensaje de modernidad; y cada pasaje de los informes, oraciones, elogios, discursos, epístolas y reflexiones de Jovellanos (*La Ley agraria*, *la Policía de los espectáculos*, *las Memorias de Bellver*, etc.) un modelo de rigor y naturalidad expresiva, como les dice a sus alumnos del Instituto de Náutica y Mineralogía en defensa de las humanidades :

“¿Por ventura es otro el oficio de la gramática, retórica y poética, y aun de la dialéctica y ética, que el de expresar rectamente nuestras ideas? ¿Es otro su fin que la exacta enunciación de nuestros pensamientos por medio de palabras claras, colocadas en el orden y serie más convenientes al objeto y fin de nuestros discursos?[...] “Creedme : la exactitud del juicio, el fino y delicado discernimiento, en una palabra, el buen gusto que inspira este estudio, es el talento más necesario en el uso de la vida. Lo es no sólo para hablar y escribir, sino también para oír y leer, y aun me atrevo a decir que para sentir y pensar”.

(*Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias*, 7 de enero de 1797)

Estas palabras de Jovellanos revelan, si así puede decirse, el ideal de “prosa científica” que defendían los mejores espíritus ilustrados, entendiendo por tal la precisión, la propiedad, la claridad y el orden en el discurso prosístico, que ellos consideraban el género literario más apto para la expresión de la verdad por encima de la poesía y del teatro. Pensaban que había que aplicar a la creación literaria recursos que eran propios de la racionalidad científica. Por eso ninguno de estos autores alcanzará la excelencia literaria de los grandes genios del siglo XVII, mucho más

audaces y creativos en el estilo. Pero aquel modelo había dado ya todos sus frutos y estaba agotado. Había que romper con él y habilitar la prosa española para el reto del periodismo y la novela moderna, descargándola de hojarasca literaria y acercándola al habla conversacional. Y eso fue justamente lo que hicieron estos hombres de la Ilustración. De otra forma serían impensables las novelas de Galdós o los ensayos de *Azorín* y Ortega. Ése fue, sin duda, el mayor servicio que los ilustrados prestaron a la historia de nuestra lengua. Leerlos hoy sigue siendo una experiencia estimulante en las ideas y placentera en las formas. Lo *dulce* y lo *utile* —como escribió Horacio— sabiamente fundidos.